



Comentario moral a la *Carta 25 memoriales de perfección de San Buenaventura*

José Luis PARADA NAVAS
Instituto Teológico de Murcia (OFM)

Resumen: Este artículo traduce y comenta la obra de San Buenaventura: «Epistola continens viginti quinque memorialia». La carta va dirigida a un hermano suyo en la fraternidad franciscana, y se presenta como un verdadero programa de moral espiritual. San Buenaventura llama memoriales a ciertas virtudes que potencian la santidad, filiación y fraternidad de los cristianos.

Palabras claves: *Teología moral, espiritualidad, franciscanismo.*

Summary: This article translates and comments the work of Saint Bonaventure «Epistola continens viginti quinque memorialia». The letter is addressed to a brother of his in the Franciscan brotherhood, and is presented as a true program for spiritual morals. Saint Bonaventure calls «memorials» certain virtues that foster holiness, sonship and fraternity among Christians.

Key words: *Moral Theology; Spirituality; Franciscanism.*

La «Epistola continens viginti quinque memorialia» ha sido aceptada como auténtica de S. Buenaventura por los escritores antiguos Tritemio, Mariano de Florencia, B. Bonelli y también como *textus receptus*, por los Padres Editores de Quarachi¹. El contenido de la carta expresa el proyecto personal de san Buenaventura. Podemos incluso aplicarle el calificativo de un verdadero programa de moral espiritual del Doctor Seráfico.

1 Con el título completo de «*Epistola continens viginti quinque memorialia*» se encuentra en el tomo VIII, pp. 491-498 de DOCT. SERAPH. S BONAVENTURAE, Opera omnia ed. Studio et cura PP. Collegii a S Bonaventura ad plurimos codices mss, emendata, anecdotis aucta, prolegomenis scholiis notisque illustrata (Quaracchi 1882-1902) 10 vols en folio.

La carta va dirigida a un hermano suyo en la fraternidad franciscana, y rezuma a lo largo de toda ella unción, santidad e inteligencia. Hoy se ignora a quién iba dirigida esta carta. Los editores de Quarachi formulan la dirección de la carta de este modo: «Fray Buenaventura a su amado en Cristo fray N.². Tuvo que ser un hermano muy cercano a san Buenaventura, por el tono vital y familiar de la epístola, como comprobaremos en el presente comentario religioso moral.

En el prólogo apuesta nuestro Santo por centrar todo el comportamiento humano en el amor a Dios. Pero ya nos advierte que amar a Dios no es evidente y fácil. Nuestra libertad está amenazada. Instintivamente preferimos los ídolos: el tener, el placer, el poder e incluso la ciencia. Así nos dice: «la variedad infinita de las cosas perecederas, si el espíritu se detiene en ellas más de lo debido, no sólo turba la dulce quietud del espíritu sosegado, distrayendo la mente, sino que, además, la suprime, engendrando en el alma imaginaciones turbulentas que la importunan, fatigan y oprimen»³.

El hombre se siente amado por el Dios de la ternura y de la paz de Jesús de Nazaret. Antes de decir a Dios: «Te amo», hay que dejarse sencillamente amar por Dios. Porque Dios, en definitiva es el que nos ama primero. Como exclama san Buenaventura: «Despiértate, ¡oh alma cristiana! Ante la maravilla de tanta suavidad. Verdaderamente, el que permanece insensible está enfermo, ha perdido el juicio, se aproxima a la muerte. Inflámate, te ruego, ¡oh alma mía!; dilátate, embriágate de dulzura en la misericordia de tu Dios, en la mansedumbre de tu Dios, en el amor de tu Esposo; que el ardor de tu amado te inflame, que su amor te dilate, que su suavidad te embriague y que ya nadie te prohíba entrar, poseerlo, gustarlo»⁴.

Deseosos de desplegar nuestra libertad y nuestro sentido de responsabilidad, y traqueteados por todos los costados⁵, elevemos a Dios nuestra mente. S. Buenaventura, presenta una moral dinámica, fundada en el amor. «No dudemos. Ya la vida nos llama, la salud nos espera, la tribulación nos empuja a entrar. ¿Qué hacemos? ¿Por qué somos tan perezosos? ¿Por qué nos retardamos? Apresurémonos a entrar en aquel reposo de la felicidad eterna, donde hay cosas tan grandes que no pueden sondearse y maravillas que no pueden contarse. Te lo ruego, que el recuerdo de Jerusalén ocupe nuestro corazón; suspiremos por nuestra patria, caminemos hacia arriba, hacia nuestra madre; internémonos en la consideración de las obras del Señor, y contemplemos a nuestro dulce Rey que reina sobre ellas, y que nuestros corazones se derritan en la muchedumbre de sus misericordias»⁶.

2 «In Christo suo dilecto Fratri N. Frater Bonaventura confrater eius in Domino, qualiquunque homine veteri iam exuto, Christo vivere et mori mundo», op. Omn. VIII, Prologus, 491, n. 1. Prologus o.c. tomo VIII p. 491 n. 1.

3 «Quia multiplex rerum nostrum esse sollicitum permittamus, quia multiplex rerum labentium varietas, plus debito rumiata, non solum animun distrahendo pacatae mentis gratam interrumpit quietem, verum etian, in animo gignendo phantasmata turbulentae quassationis molistia importune impellit eandem.» *ibid.*, 491. n. 2.

4 «Expergiscere nunc, o anima christiana, ad tantae benignitatis amorem, ad dulcedinis tantae saporem et ad tantae suavitatis est, iam proximat morti. Inardesce, quae, o anima mea, pinguesce, dulcesce in misericordia Dei tui, in mansuetudine Dei tui, Sponsi tui in caritate, dilecti tui inardesce fervore, pinguesce amore et dulcesce sapore; nemo te prohibeat intrare, tenere, gustare. O.c.» *Ibid.*, p. 492 n. 3.

5 «Levemus ergo ad Deum mentis nostrae oculos in directum et videamus, ubi nunc postrati sumus, quoniam qui proprium casus ignorat surgere minus curat». Cognoscentes vero clamemus in fortitudine ad Dominum de profundis ut novis adiutricem porrigat misericordiae suae manum, quae abbreviari nunquam poterit salvandum» *Ibid.*, p. 492. n. 6.

6 «Nulla nobis insit cunctatio. Iam enim vita nos vocat, salus expectat, tribulatio compellit intrare. Quid ergo facimus? Quid pigritamus? Quid moras contrahimus? Festinemos ingredit in illam requiem iucunditatis aeternae, ubi sunt magna et inscrutabilia et mirabilia, quorum non est numerus. Ascendant, quae, Ierusalem super cor nostrum, suspiremus ad patriam nostram, tendamus sursum ad matrem nostram; intercedamus in potentias Domini et intueamur Regum nostrum mansuetum super eam regnantem, et liquescant in miserationibus eius corda nostra.» *Ibid.*, p. 492. n. 6.

El acento moral de san Buenaventura no recae en la coacción, ni la rigidez; se trata más bien de unas líneas de comportamiento convocados por Jesucristo. La moral cristiana da lugar a nuestra iniciativa personal, para poder encarnar sus mandatos de amor en las diversas situaciones frecuentemente cambiantes. Su enseñanza moral de Jesús está hecha de llamadas a amar, de llamadas a seguirle⁷. Llamadas dirigidas en primer lugar a la responsabilidad personal y en segundo lugar, a la conciencia. Ser responsable, libre y creyente en Jesús es un motivo conductor y una «pauta normativa».

La moral bonaaventuriana posibilita una vida más religiosa. La ética hace conservar la esperanza, no abruma a los que cuesta trabajo responder a las llamadas de Cristo. Manteniendo sus exigencias radicales, Jesús manifiesta una misericordia magnánima con las ingratitudes de las personas⁸.

Cada capítulo de la teología moral, entendida como la doctrina del seguimiento de Cristo al estilo bonaaventuriano, muestra cómo la unión de amor y obediencia constituyen la disposición esencial del discípulo de Cristo.

El creyente forma con Cristo y mediante El con el Padre una auténtica amistad, fruto inefable de amor. Pero la humildad, condición para la legitimidad y autenticidad de ese amor, exige que seamos siempre conscientes de la infinita distancia y la esencial dependencia respecto de Dios, no suprimidas por el amor⁹.

San Buenaventura llama memoriales a ciertas virtudes que potencian la santidad, filiación y fraternidad de los cristianos. Señala los memoriales generales y los memoriales especiales.

Primero, los memoriales generales que «son algunas virtudes, especialmente recomendables en los jóvenes, y por medio de ellas pueden llegar a la perfección de las virtudes y a la cima de la gloria si se ejercitan en ellas con fidelidad»¹⁰.

Los memoriales generales son: la modestia en todas sus palabras y en todas sus acciones; la moderación en el hablar; la pronta obediencia; la oración frecuente; la huida de la ociosidad y de la disipación; la confesión recta y frecuente; la generosidad en servir a los demás y el apartamiento de todo entretenimiento inútil¹¹.

Estos memoriales bonaaventurianos apuntan a una ética de la convivencia desde una perspectiva moral religiosa. Contenido que podemos articular del siguiente modo:

- Ética de la palabra cuyos contenidos serían la modestia en palabras y acciones; además de la moderación en el hablar;

7 Jesús dice «Ven y sígueme» (Mt 9,9); «Agamus illi gratias toto corde, qui defectum, nostrae ingratitudinis non considerans a nobis non abstulit suae misericordiae pietatem, desiderium nobis tribuens ipsius viam currere mandatorum, quam sine desiderio nullus currere potest.» Ibid., 492 n. 7.

8 «Agamus illi gratias toto corde, qui defectum nostrae ingratitudinis non considerans a nobis non abstulit suae misericordiae pietatem, desiderium nobis tribuens ipsius viam currere mandatorum, quam sine desiderio nullus currere potest» Explicit prologus o.c., p. 492. n. 7.

9 cf. ibid., prologus, 492. n. 7.

10 «Sunt ergo haec virtutes quaedam probatae in iuvenibus et scalae salutis, per quas dubio ad perfectionem virtutum et culmen gloriae possunt ascendere, fideliter exercitati per eas» ibid., 493 n. 7.

11 «Videlicet sancta verecundia in cunctis verbis et actibus suis, tarditas loquendi, promptitudo obediendi, frequentatio orationis, fugere otium et dissolutiones, pure et frequenter confiteri, libenter servire et infructuosum consortium devitare» ibid., 493. n. 7.

- Ética de la obediencia
- Ética de la alteridad, algunos de cuyos rasgos son: la generosidad en servir a los demás y apartarse de todo entretenimiento inútil.
- Ética de la interioridad con sus aspectos esenciales: la oración frecuente, la huida de la ociosidad y la disipación; además de la confesión recta y frecuente.

Los memoriales especiales son el núcleo de la carta, los cuales exponemos y comentamos desde una perspectiva moral religiosa.

1. MORTIFICACIÓN DE LOS APETITOS¹²

Dice el santo que hay que poner toda la esperanza en el Señor y renunciar a toda consolación mundana¹³. La esperanza cristiana es realista, ya que nos pone en contacto con el Señor de la historia; con Cristo que es nuestro futuro abierto. La esperanza abre los horizontes del futuro. Nos pone en contacto con Cristo que es el camino y es el único que era, que es y que viene. La esperanza nos confiere una orientación más clara de nuestra tarea de coautores en la creación continua y en la redención. La esperanza dirige nuestra mirada hacia el futuro absoluto de habitación junto a Dios y aclara nuestra visión para que atinemos en los cometidos que inmediatamente deberemos realizar. La esperanza posibilita que deseemos el crecimiento y la conversión continuada. Jamás dice: «Ya es bastante», ya que lleva en sí misma las energías del amor divino y la dinámica de la fe. Porque «todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta»¹⁴.

2. EXTIRPACIÓN DE LOS VICIOS¹⁵

En la Biblia todos los vicios figuran bajo el título de «lo que no conviene»¹⁶. Los Padres de la Iglesia latina transmiten a los teólogos de la edad media cristiana la herencia antigua de la ética de la virtud. La clasificación de las virtudes encuentra su unidad en el amor, otorgado por Dios y producido por Cristo, sin la que no se da virtud alguna auténtica. En el catálogo de los vicios principales, al que él dio su forma válida desde entonces, se mezclan también fuentes extrabíblicas, sobre todo la doctrina de los ocho vicios, debida a los padres del desierto, y no cristianas. A lo largo de la edad media se enumeran soberbia, avaricia, envidia, desmesura, lujuria, ira y pereza como «vitia capitalia».

3. RUPTURA DE LAS ATADURAS¹⁷

Nuestra verdadera gloria proviene de haber sido creados a imagen y semejanza de Dios, y de haber sido bañados por la gracia de un modo inconcebible en los esplendores del amor y de

12 «De concupiscentiis mortificandis» *ibid.*, 493, n. 1.

13 «Primum ergo oportet ante omnia, te concupientem vestigia sequi Salvatoris ut, spem tuam tota fixam habens in Domino, de ómnibus mundi huius consolationibus penitus desperes». *ibid.*, 493, n. 1.

14 1 Cor 13,7.

15 De vitis extirpandis *ibid.*, 493 n. 2.

16 Rom. 1, 28.

17 De colligationibus reseccandis *ibid.*, 493 n. 3.

la gloria de Dios. Conviene romper con todo aquello que nos impide llegar a ser aceptos a la voluntad de Dios, nuestro Padre y nuestro soberano, es decir, en que Dios se digne aceptar el servicio de nuestra obediencia y de nuestro filial amor. Las relaciones amorosas que con Dios nos ligan son gloriosas relaciones.

4. PACIENCIA EN LAS TRIBULACIONES¹⁸

La paciencia es virtud necesaria en el seguimiento de Cristo. «Decía a todos: si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome cada día su cruz y sígame»¹⁹. Cristo nos precedió en el camino de la paciencia y abnegación habiendo abrazado los más duros sufrimientos.

El voluntario sufrimiento hace retroceder el predominio de los sentidos y abre más fácilmente el espíritu de los goces celestiales. No pretende el cristiano engañarse a sí mismo, negando el dolor, como lo hace el estoico; tampoco pretende estrangular los sentidos, sino sólo obligarlos a entrar en el orden que conviene al hombre celestial.

El alma tiene que liberarse de los falsos goces y falsos bienes que la cautivan, para poder despertar la confianza en la bondad y el auxilio divinos: así es como el hombre anda por el camino de la divina esperanza. Es el camino hacia la alegría y el camino de la alegría, pero camino que va siempre marcado por la cruz, pues es la vía de la paciencia en los sufrimientos: ¿No era conveniente que Cristo padeciese todas estas cosas y entrase así en su gloria?²⁰

5. DE NADA TE QUEJES²¹

Soportar sin quejas y en silencio las molestias de cada día ha de ser en la persona que anda en el camino de la perfección una cosa muy natural. De aquí deducimos los «tres jamás» de un ser que busca la paz y la felicidad: no te enfadas «jamás»; no te quejes «jamás» y no divulgues tus cosas «jamás», salvo a quien te conduzca a Dios. No te hagas concesiones a ti mismo. Es con uno mismo con quien ha de ser más exigente siempre.

Qué efecto de energía, de fuerza, de seguridad produce la persona que pasa por alto las cosas que no tienen importancia para ella o que de nada le sirven para la vida con Dios. Que la persona no pierda el tiempo lamentándose ante otros. Una actitud que no permite el crecimiento interior del ser humano.

6. POBREZA Y DESPRECIO DE TI MISMO²²

La pobreza es, para unos, un consejo evangélico, una vocación, un reto y para otros, una cruz que se les impone. Pero todo cristiano, rico o pobre, viva en la vida religiosa o en el mundo, ha de esforzarse por adquirir el espíritu de la pobreza evangélica y de desprendimiento interior, y por servir desinteresadamente al prójimo con los bienes que Dios le otorgó en su amor.

18 De tribulationibus cum patientia tolerandis, *ibid.*, 493 n. 4.

19 Lc 9, 23.

20 Lc 24,26; 1 Pe 4, 1; 5,10; cf. Sap. 3, 4.

21 Ut de nulla te conqueraris, 498 n. 5.

22 De paupertate et despectu sui ipsius, 493 n. 6.

La Escritura y la tradición nos manifiestan el ideal de venderlo todo y darlo a los pobres²³. La pobreza como forma de vida elegida adquiere su imagen propia desde la comunión de Cristo con sus discípulos, tal como se nos presenta en el Evangelio²⁴ y se encuentra en la forma de vida idealizada de la primera comunidad en la que, según los Hechos de los Apóstoles todo estaba en común²⁵.

En ambos sentidos encontró Francisco de Asís el modelo para su propia proyecto y forma de vida. Desde entonces dos son las raíces fundantes que definen la pobreza como forma de vida elegida: la comunión con Jesucristo, que se hizo pobre por nosotros, y la solidaridad con todas las criaturas, preferentemente los más desfavorecidos. La moral franciscana libera al hombre de la dependencia de sus propios bienes y lo sitúan en disposición de servir al evangelio.

El ideal franciscano queda explicitado sintéticamente en este memorial: venderlo todo, trabajar de balde por los demás y vivir sólo de limosna. «Sé pobre en todas las cosas de tu uso, buscando en ellas, en cuanto te sea posible, la aspereza, la vileza y la escasez»²⁶.

Aun cuando no se posean bienes raíces, sino los ingresos de su trabajo, todavía resta el deber de hacer conforme a las posibilidades, una reserva para los pobres y para ayudar al sostén de las obras ministeriales y caritativas de la Iglesia.

El respeto y la amabilidad con el pobre, una palabra bondadosa, una fina delicadeza tienen más eficacia, para abrir un corazón al amor de Dios, que los más ricos presentes materiales.

Conforme al ideal franciscano bonaventuriano no es únicamente el individuo que profesa, el que renuncia a toda propiedad, a todo uso independiente y a toda superfluidad; es la comunidad toda entera y como tal la que debe realizar el ideal de la pobreza y predicarlo por la renuncia obligatoria a asegurarse el porvenir material, poseyendo los bienes estables. Como verdaderos pobres quieren los franciscanos vivir de la caridad cristiana, para poder ofrecer absolutamente al servicio de Dios y de las personas todo su trabajo y su amor, por el que no exigirán salario y con el que, por lo mismo no adquirirán nada para la comunidad. Este grupo se convierte en una comunidad bien disciplinada y siempre dispuesta al servicio del Evangelio y de la Iglesia.

La historia atestigua los trabajos considerables e inapreciables de los franciscanos en los ámbitos de la pastoral, la caridad, la evangelización y de la cultura.

7. HUYE DE LOS HONORES²⁷

Lo que al cristiano le interesa en el honor humano es el reflejo del honor de Dios. Nuestro honor está en la compañía de los santos. El honor se manifiesta por el tratado de cristiana cortesía, que es lo contrario de la descortesía que puede ir hasta la grosería, por el aplauso de reconocimiento dirigido a la persona misma, por los elogios y las buenas palabras a favor de los ausentes.

23 Mt 19, 21: «Si quieres ser perfecto, vete, vende lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos; luego ven, y sígueme.» Cf. Ef. 4, 28; 2 Tes. 3.

24 Cf particularmente Mc 1, 18.20 y paralelos; Mc 10, 17-31 y paralelos.

25 Hech. 2, 43-47; 4, 23-31.

26 «celansque sacratissimam paupertatem, in omnibus, quae ad te spectant, asperitatem, vilitatem et parcitatem habeas, quantum potes» . 493 n. 6.

27 De honoribus fugiendis, 498 n. 7.

El honor se proyecta desde el signo de la cruz. El concepto humano de honor figura entre las virtudes cristianas porque está bautizado y crucificado. Desde esta perspectiva más que por recibir honores nos hemos de preocupar por merecerlos mediante las acciones gloriosas. «Huye con todo tu empeño de los halagos de este siglo, de los honores, de la gloria, de los favores y de todo viento de vanidad, como huirías de la peste mortífera»²⁸.

El honor tiene que estar atravesado por los rayos de la caridad, por el espíritu de sacrificio, éste inspirado en el amor a Dios y al prójimo. Por caridad hemos de renunciar a los honores, y defender, proteger el honor de los demás, aún a costa de personales sacrificios, o sacrificar el nuestro con propia desventaja.

Por el reino de Dios, tenemos que estar dispuestos a ser afrentados y avergonzados, por los perversos e incluso soportar las incomprendiones y afrentas de los buenos. Nada nos ha de importar los honores a cambio de alcanzar la gloria de seguir a Cristo pobre y crucificado. Cristo, piedra de tropiezo rechazada por los arquitectos es «la gloria de los creyentes»²⁹.

Nuestro honor de cristianos está avalado por el anonadamiento de Cristo en la Cruz³⁰. En la cruz está la fuente de nuestra verdadera gloria³¹. «El que se gloríe, gloríese en el Señor» 1 Cor 1,31.

Si el cristiano se apoya demasiado en los aplausos del mundo, desconoce la verdadera gloria, la cual está en seguir a Cristo, que se hizo esclavo, y darse en bien de los demás³².

Mayor honor conquista el que recibe una injuria por ser fiel servidor de Cristo, que con todas las alabanzas del mundo³³.

La incomparable felicidad que procura la gloria de Dios se siente libre frente a los honores del mundo.

La gloria divina brilla sobre nosotros, por nuestro buen ejemplo, por nuestro servicio, y hemos de hacerla brillar ante los hombres «para que viendo nuestras buenas obras, glorifiquen al Padre celestial»³⁴. El motivo fundamental de nuestras buenas obras no ha de ser nunca el conquistar el aplauso de los demás. Hemos de colocar el honor al pie de la cruz, así nos servirá como estimulante poderoso que tenemos que situar junto al amor a Dios y al prójimo.

28 «Blanditias huius saeculi, honores, glorias vel favores aurasque vanae gloriae quasi mortíferas pestes omnino fugias toto posse», 498 n 7.

29 1 Pedro 2, 7.

30 «Sino que se despojó de sí mismo tomando condición de siervo, haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre y se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz», Fil 2, 7-8

31 «En cuanto a mí ¡Dios me libre de gloriarme sino es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por la cual el mundo es para mí un crucificado y yo un crucificado para el mundo» Gálatas 6, 14; «Pues no quise saber entre vosotros sino a Jesucristo, y éste crucificado» 1 Cor. 2,2.

32 «El que me sirva, que me siga, y donde yo esté, allí estará también mi servidor», Jn 12, 26; «Porque, ¿quién es mayor, el que está a la mesa o el que sirve», Lc 22, 27.

33 «Bienaventurados vosotros si, por el nombre de Cristo, sois ultrajados, porque el Espíritu de la gloria, que es el Espíritu de Dios, reposa sobre vosotros», 1 Pedro 4, 14.

34 Mateo 5, 14; «Porque en otro tiempo fuisteis tinieblas; más ahora sois luz; pues el fruto de la luz consiste en toda bondad, justicia y verdad. Examinad qué es lo que agrada al Señor, y no participéis en las obras infructuosas de las tinieblas, antes bien, denunciadlas», Efesios 5, 8-9.

8. HUMILDAD VERDADERA³⁵

La humildad, la consideramos como virtud cardinal del cristiano, aunque no se enumera generalmente entre las virtudes cardinales, ha sido considerada en la moral cristiana como virtud fundamental, como la base de todo el edificio espiritual. Su rol no es, como el de las cuatro virtudes cardinales, regular una sola actividad del alma. Su papel es más extenso. Le corresponde conducir y someter todas las facultades y energías de la persona a Dios. La humildad es la respuesta del ser humano ante la inmerecida y divina elección que Dios hizo de él para hacerlo hijo suyo. Sólo con el ejemplo y la palabra de Cristo se nos mostró el ideal perfecto de humildad. La virtud de la humildad cristiana apunta a una doble dirección: una hacia el superior y otra, hacia el igual e inferior. La primera es inseparable del verdadero sentimiento religioso. Requiere la fe viva y el convencimiento de que tratamos con un Dios personal. La humildad es la virtud de saber ocupar el puesto de criatura; es la actitud de la criatura ante al absoluto dominio de Dios³⁶.

El alma grande se inclina hacia lo débil, lo pequeño, lo marginal. El amor no podría dar un salto más atrevido que el dado por Dios en la encarnación y en la interpelación realizado a los hombres inmersos en el pecado para trabar amistad con El.

Con su vida humana, Cristo nos manifiesta lo que es la humildad. Desde su nacimiento hasta su muerte. Su obra cumbre es obra de obediencia al mismo tiempo que de humildad, porque la humildad y la obediencia andan unidas. Por eso, san Pablo contempla el punto culminante del anonadamiento y humildad de Cristo en la obediencia para ir a la muerte ignominiosa de la cruz³⁷.

La humildad predispone a recibir la gracia y la verdad de Jesucristo. Tanta será la gracia y la verdad que Cristo nos transmita, cuanto sea el lugar que en nuestro corazón llena la virtud de la humildad.

La humildad es la virtud que nos capacita para aprender de la vida, obra y doctrina de Cristo que en cierto modo nos posibilita ser sus discípulos. Cuanto más enraizada está la humildad, tanto mayor es la docilidad y más amorosa la voz del espíritu que habla en el interior de la persona.

9. PAZ DEL ALMA Y MODO DE CONSEGUIRLA³⁸

El doctor seráfico afirma: «no te preocupes ni te entrometas en asunto alguno, sea interior, sea exterior, que no pueda aprovechar para el bien de tu alma; ni permitas tampoco que otros te enreden en ellos»³⁹.

35 De humilitate vera, 494 n. 8.

36 «Ut amore illius qui, cum sit Dominus omnium caelestium, terrestrium et inferorum, pro nobis vilissimi servi formam, in ea subiiciens se voluntarie potestati», 494 n. 8.

37 «y se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz», Fil. 2,8.

38 De pace animae et quomodo habeatur, 494 n. 9.

39 «de nulla re cures vel implices te in aliquo exterius vel interius quoquo modo, ubi non invenis animae tuae lucrum, neque etiam in huiusmodi te ab aliquo implicari permittas», 494 n. 9.

No es ordenado el amor si no guarda el orden debido, si realiza distinciones entre el amor a uno mismo y al prójimo, si no hay igualdad entre uno y otro. «No aborrecerás a ningún hombre, sino que a unos los argüirás, a otros los compadecerás, por unos rogarás, a otros amarás más que a tu propia alma»⁴⁰.

El cristiano está obligado a esforzarse por despertar en su corazón un amor por el prójimo que, en cuanto al sentimiento y a la prontitud al sacrificio, sea igual al que se profesa a sí mismo. Cada ser humano es responsable primero de su propia persona, y sólo después de la del prójimo. Dios, al otorgarnos la libertad sólo nos ha otorgado un señorío inmediato sobre nuestro propio yo y sobre sus dones espirituales y corporales. Nuestra salvación está en el amor. Quien descuida la propia salvación daña también al prójimo. Quien no puede dedicarse a la salvación de las almas sino con grave y próximo peligro de pecar, tiene que asegurarse primero él mismo, pues de lo contrario tampoco podrá ayudar pastoralmente al prójimo.

10. GUARDA DE LOS SENTIDOS⁴¹

La vista

Guarda de la vista, pues los pensamientos se nutren de lo que se ha visto, los ojos son las ventanas del alma. Hay obligación de no detener la mirada en cosas que puedan despertar la sensualidad, porque pueden ser ocasión próxima voluntaria de pecado.

El mundo moderno se debate entre el antiguo concepto del «pudor» y un «destape» que la gran mayoría de las veces carece de un mínimo humanismo.

Tocar

El problema de los tocamientos ha constituido un verdadero caballo de batalla para la moral. En la cultura occidental ha habido ciertamente una sobresaturación de la palabra a costa del tacto, que ha propiciado una discriminación en todos los niveles civiles, sociales y solidarios entre la actividad liberal (palabra) y la manual (tacto).

La palabra

Refrena también tu lengua de manera que nada hables si no eres preguntado o forzado por la necesidad o por evidente utilidad y entonces habla con respeto, temor y dulzura, brevemente y en voz baja, evitando la prolijidad de tus palabras⁴².

De aquí proponemos la importancia de una ética de la palabra en las relaciones interpersonales. La palabra, además de categoría antropológico-teológica, es una exigencia ética. Forma parte de la teología de la convivencia.

40 Didajé 2, 7.

41 De custodia sensuum, *ibid.*, 494 n. 10.

42 «Linguam etiam perfecte restringas, ut nihil loquaris nisi interrogatus, vel necessitate vel evidenti utilitate coactus, et nunc cum reverentia et timore animique dulcedine breviter et summissè, si potes, semper devitans prolixitatem verborum eorumque occasiones iuxta posse praecidens», 494 n. 10.

Jesucristo enseña: «Sea vuestro modo de hablar; si, si, o no, no. Lo que excede de esto, viene del Maligno»⁴³.

Entre los bienes que posee la persona se encuentra la capacidad de expresar y comunicar los pensamientos y sentimientos mediante la palabra. Para usar rectamente esta capacidad, ordenándola a su fin, las personas deben vencer dos tendencias innatas:

- 1) la dificultad para discernir lo verdadero de lo falso;
- 2) la inclinación a ocultar o deformar la verdad.

El emplear correctamente la palabra es para todos los seres humanos un deber de justicia: toda persona posee el derecho a no ser engañado y, en razón de la dignidad humana, el derecho al honor y a la buena fama.

La necesidad de la veracidad en la palabra es manifiesta. La palabra es la expresión externa de la idea. Por ello, si se utiliza para manifestar lo contrario de lo que interiormente se piensa, queda violentado el orden natural de las cosas, marcado por Dios, lo cual es esencialmente malo.

La convivencia no sería posible si las personas no se fieran entre sí. La convivencia no es posible sin la confianza, sin la seguridad de que no todos nos engañan. Para el Doctor Seráfico sin «palabras castas» no se puede construir la vida interpersonal.

Las palabras castas son las que aprueba el Señor. Las palabras castas son aquellas que no van mezcladas de falsedad, curiosidad, ni vanidad, y están libres de adulación, censura e hipocresía. Pero cuando alguno dice cosas falsas o por vanidad o por curiosidad, de modo que sólo se muestra pusilánime, no atreviéndose a decir la verdad cuando adula, o cuando murmura de los ausentes, o procede hipócritamente, manifestando en las palabras lo contrario de lo que piensa, entonces las palabras no son castas⁴⁴.

11. SOLEDAD Y VIGILIAS⁴⁵

La soledad está fabricada de relaciones. La soledad franciscana está poblada por Dios. Por ello, la persona aunque está en el fondo de sí mismo, no se encierra, no se aísla. Por paradójico que pueda parecer, únicamente el que es capaz de quedarse sólo con Dios, es capaz de encontrarse con alguien, porque el que no se queda sólo con Dios, y está lleno de sí mismo, está ausente, aunque tenga vida material. Se requiere el silencio para captar la vocación trascendente a la que hemos sido llamados. En la historia personal de salvación debe estar el silencio. El silencio que escucha, acoge, se deja animar. A la Palabra (Cristo) que se manifiesta deberá corresponder nuestra palabra de gratitud, de adoración, de súplica, pero el silencio es lo primero. El hombre viejo tiene miedo al silencio, el hombre nuevo lleno de la presencia de Dios, atento a la escucha, abierto a la comunión, se hace consciente delante de Dios.

43 Mateo 5, 7

44 «... sed sermo purus et pulcherrimus firmabitur a Domino; hoc intelligo sic, quod sermo purus est pulcherrimus et aptus et confirmatus est a Deo. Sermo purus est qui nihi falsitatis habet immixtum, nihil curiositatis, nihil vanitatis neque pusillanimitatis nemo adulationis neque oblocutionis nique simulationis habet immixtum», *Sermones de B Virgine Maria, De purificatione B. Virginis Mariae Sermo I, IX, principio, en op. Omn.*

45 De solitudine et vigiliis, ibid. 494 n 11.

La vida personal se inicia con la capacidad de romper el contacto con el medio, de volverse a aprehender, a unificarse. Lo importante no es el repliegue, sino la conversión de fuerzas. La persona no se repliega sino para saltar mejor.

En todas las etapas de la historia personal surge la tentación de la mala soledad. Es cuando una persona en la comunidad, familia o grupo en los que vive, no se siente reconocida por el otro. Ya no se reconoce objeto de amor de relaciones personales. Está aislado.

Esta soledad es mala porque remacha a una persona sobre sí misma. Su amor permanece tieso y tenso. Ahora bien, cuando el amor es reconocido como objeto de amor delante de Dios y de los otros, entonces se acepta mediante las relaciones interpersonales en los límites de su existencia concreta.

Cuando una persona se ha hecho capaz de esta soledad, es decir, cuando por el juego de las relaciones mutuas se ha despertado a una libertad que se recibe y se da alternativamente, entonces se hace capaz de verdaderas relaciones personales.

12. OFICIO DIVINO⁴⁶

La recitación del Oficio Divino es necesaria, no sólo para el servicio divino de la comunidad eclesial, sino para la piedad de cada persona. Cristo mismo en las circunstancias más solemnes de su existencia se sirvió de las fórmulas tradicionales de oración. Aun en la última cena y en los demás ritos en que participó, recitó las preces religiosas de los judíos. También enseñó a los apóstoles la fórmula del Padrenuestro⁴⁷.

La Iglesia ha defendido claramente el derecho de establecer fórmulas de oración⁴⁸.

Las condiciones que el Doctor Seráfico señala como esenciales para recitar el Oficio Divino, la oración de la Iglesia: el recogimiento de tal manera que se olvide de todo lo terreno, la reverencia, el gozo y el temor de estar en la presencia de Dios⁴⁹.

13. DEVOCIÓN ESPECIAL A LA GLORIOSA VIRGEN⁵⁰

«En todo tiempo tendrás suma y amorosa veneración a la Reina, Madre de nuestro Señor; en todas tus necesidades y en todas tus penas recurre a ella como el refugio más seguro, implorando su protección; tómalas por abogada y encomiéndate con devoción y confianza, pues Madre es de misericordia. Para que tu devoción sea acogida favorablemente imita su pureza, conservando puros tu alma y tu cuerpo, y esfuérate en seguir sus huellas, practicando la humildad y mansedumbre»⁵¹.

46 De divino officio, 494 n 12.

47 Mt. 6, 9-13.

48 Dezingher 1254 contra Molinos; ibid. 1564 contra los josefistas.

49 «ita factus in te ipso quietus, ut obliviscaris omnium terrenorum, quatenus fixa mente caelestibus insistendo mysteriis cum tanta illud devotione, reverentia, gaudio ac timore persolvas...» 494 n 12.

50 Quod super omnia habeas in devotione Virginem gloriosam, 494 n 13.

51 «Tertiumdecimum, ut gloriosam Reginam, Domini nostri Matrem, in summo habeas omni tempore venerationis affectu et in cunctis ad eam necessitatum articulis ac pressuris tanquam ad refugium tutissimum te convertas, ipsius tutelae praesidium flagitando, eamque in tuam suscipiens advocatam, devotissime ac secure tuam et causam committas, quae Mater est misericordiae, quotidie studens et specialem ac singularem reverentiam exhibere. Et ut tua devotio sit accepta et reverentia grata, ipsius puritatis munditiam, omni virtute mente et corpore illibatam in te ipso servando, toto conatu nitaris humilitatis ac mansuetudinis eius vestigia imitari.» ibid. 494 n. 13.

La santidad ejemplar de la Virgen María mueve a los cristianos a acudir a María, la cual brilla como modelo de virtud ante toda la Iglesia. Virtudes sólidas, evangélicas entre ellas: la pureza virginal. La pureza han de vivirla todas las personas, cualesquiera que sea su estado. Son muchas las razones que pueden aducirse por las que toda persona ha de vivir la pureza de cuerpo y alma. Razones naturales hasta razones sobrenaturales. Pues el ser humano al haber sido elevado a la dignidad de hijo de Dios participa en su cuerpo y en su alma de los bienes divinos. Consideremos la importancia de la pureza y su impronta positiva en la persona, porque es una verdadera afirmación del amor. Esto supone que la persona sabe que su espíritu ha de dominar sobre las potencias inferiores y que sus instintos han de someterse al recto orden de las leyes divinas. A la vez se afirma que la persona se sabe llamada a participar del mismo amor de Dios, y que su corazón no se sacia sino con la posesión de ese bien infinito. Si en ese esfuerzo pone sus mejores energías, la pureza le resultará fácilmente asequible; de otro modo, al permitir que el amor propio y el egoísmo invadan los ámbitos de su corazón se encontrará con que este no le satisface y así se despertará un deseo cada vez mayor de los bienes finitos.

Dios mismo en persona vino a enseñarnos la humildad⁵². Dios no teme perder nada al inclinarse hacia el ser humano, llevado del amor. Sólo la persona orgullosa quiere mantener una grandeza usurpada, una dignidad que no le corresponde. El alma grande se curva hacia los pequeños. El amor no podía dar un salto más atrevido que el dado por Dios en la Encarnación y en la llamada que realiza a las personas para trabar amistad con El. Dios muestra la gloria, altura, extensión y profundidad de su amor al inclinarse hacia los hombres.

Cristo con su vida nos manifiesta visiblemente lo que es la humildad: desde su nacimiento hasta la cruz. La obra cumbre de Cristo es obra de obediencia al mismo tiempo que de humildad, pues la humildad y la obediencia corren paralelas. Por ello, Pablo contempla el punto culminante de la humildad de Cristo en la obediencia para ir a la muerte ignominiosa de la cruz⁵³.

El Magnificat de María se estremece con el misterio de la humildad de Dios en la encarnación: «Ha mirado la humildad de su sierva. Dispersó a los que se engríen con los pensamientos de su corazón. Derribó a los potentados de sus tronos y ensalzó a los humildes»⁵⁴.

La humildad es la respuesta o actitud del hombre ante la inmerecida y divina elección que Dios da a él para hacerlo hijo suyo en Cristo.

San Buenaventura sitúa la mansedumbre en la fortaleza. La virtud de la fortaleza hace al alma noble; pero a veces el fuerte se indigna contra otros, es necesaria la mansedumbre, la cual controla la ira y los malos modales, no para que la persona no se aire absolutamente, sino sólo dónde y cuándo debe. La persona ha de mostrar cara de hombre y cara de león, según el modelo ejemplar, Cristo, que es cordero y león⁵⁵.

52 «El cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios. Si no que se despojó de sí mismo tomando condición de siervo, haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre; y se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz», Fil. 2,6-8.

53 Cf. Fil, 2,8.

54 Lc. 1, 48, 51, 52.

55 «Haciendo un látigo con cuerdas, echó a todos fuera del Templo, con las ovejas y bueyes; desparramó el dinero de los cambistas y les volcó las mesas» Jn 2, 15; «Haec virtus facit animan nobilem; sed quia fortis aliquando designatur contra alios, ideo necessaria est mansuetudo, quae contra irascibilitates et iracundias, non ut homo penitus non irascatur, sed ubi debet et quando debet. Unde debet habere et faciem hominis et faciem leonis. Tamen aliquando putas hominem mansuetum, tacet, alio pecante, hoc non est mansuetudo. Audi igitur, dicitur de Iesu, quod turbavit semetipsum et fecit flagellum funiculis. Unde in primo Machabaeorum: Vae mihi ut quid natus sum videre mala gentis meae et sanctorum? Unde Christus est agnus et leo, *Coll. Haexa. Colación V, 8.; Volumen V,*

14. LA RELACIÓN CON LA MUJER⁵⁶

El tema de la «mujer» en la historia es complejo. Una mirada objetiva a la historia de la humanidad nos hace constatar que universalmente la mujer ha sido considerada generalmente como un ser inferior, subordinado al varón, útil sobre todo o únicamente para la procreación y los trabajos domésticos. En la teología moral presenta matices algo distintos, pero muchas mujeres han tenido conciencia dolorosa de su «ser mujer»⁵⁷. En relación con el mundo de la mujer, la Iglesia ha sido portadora de una doctrina nueva: varón y mujer son absolutamente iguales. Cristo con su visión universal y radical del ser humano, vino a proclamar que ante Dios, ante la historia no pueden justificarse discriminaciones de ningún género, entre las personas y, por supuesto, entre varón y mujer. El Reino de Dios es para todos y elimina multitud de prejuicios, de muros, de prescripciones y leyes, de falsas valoraciones levantadas por los seres humanos. El mensaje de Jesús alumbraba un orden nuevo, un nuevo tipo de ser persona, de relaciones humanas, de criterios y de actitudes en el comportamiento moral.

Constatamos el nuevo valor, todavía balbuciente, de las relaciones mujer-varón en el último siglo. El Papa Juan Pablo II eleva la vocación femenina a proporciones verdaderamente cósmicas, buscando que la mujer vuelva a humanizar un mundo cada vez más dominado por el materialismo y el hedonismo. En el Evangelio de la vida, invita a las mujeres a «enseñar que las relaciones humanas son auténticas, si se abren a la acogida de la otra persona, reconocida y amada por la dignidad que tiene por el hecho de ser persona y no por otros factores, como la utilidad, la fuerza, la inteligencia, la belleza o la salud» (n 99). Esta contribución de la mujer es «la premisa insustituible para un auténtico cambio cultural» para reemplazar la cultura de la muerte con la civilización del amor. «Dirijo a las mujeres una llamada apremiante: reconciliad a los hombres con la vida. Una invitación a recuperar el valor de las relaciones interpersonales entre mujeres y varones.

Una urgencia para oponerse a la perniciosa cultura de la muerte es luchar por la dignidad y valor de cada ser humano y sus relaciones.

En este contexto interrelacional, el Doctor Seráfico sugiere que toda persona tenga un padre espiritual, un varón santo, discreto, manso y piadoso, instruido en la virtud⁵⁸.

56 «Quod fugienda sint consortia mulierum» 494, n 14.

57 Es paradigmática la experiencia de Teresa de Jesús en su *Camino de Perfección*, c. 3 n. 7 «Ni aborrecisteis, Señor de mi alma, cuando andabais por el mundo, las mujeres, antes las favorecisteis siempre con mucha piedad, y hallasteis en ellas tanto amor y más fe que en los hombres, pues estaba vuestra sacratísima Madre en cuyos méritos merecemos, y por tener su hábito, lo que desmerecimos por nuestros culpas. No basta, Señor, que nos tiene el mundo acorraladas..., que no hagamos cosa que valga nada por Vos en público, ni osemos hablar algunas verdades que lloramos en secreto, sino que no nos habías de oír petición tan justa. No lo creo yo, Señor, de vuestra bondad y justicia, que sois justo juez no como los jueces del mundo, que como son hijos de Adán y en fin, todos varones, no hay virtud de mujer que no tengan por sospechosa. Sí, que algún día ha de haber, Rey mío, que se conozcan todos. No hablo por mí, que ya tiene conocido el mundo mi ruindad y yo holgado que sea pública; sino porque veo los tiempos de manera que no es razón desechar ánimos virtuosos y fuertes, aunque sean de mujeres». En la primera redacción este pasaje fue tachado, y omitido luego; no todas las ediciones lo reproducen.

58 «Unum, ubicumque fueris, elige tibi patrem, virum quidem sanctum, discretum, mansuetum et pium, doctum potius experientia operis quam sublimitate sermonis, qui te verbis et exemplis efficacibus et ignitis ad divinum amorem instruat et inflammet, ad quem in cunctis necessitatibus tuis possis habere recursum et spirituale solamen» 494 n. 14.

15. ALEJA LA TRISTEZA DE TU VIDA⁵⁹

En esta tarea nuestro santo nos dice «vive siempre sereno y tranquilo interior y exteriormente. Jamás contradigas a nadie, ni te opongas a nada, sino más bien asiente a todos en todo y por todo, mientras no se oponga a la gloria divina o a la salud de tu alma»⁶⁰.

La revelación bíblica comienza por inculcar al ser humano la idea de que todo lo que puede componer su felicidad, comenzando por el goce de los bienes físicos necesarios para la vida en plenitud, no puede serle asegurado de modo estable más que por el Dios Creador de todo bien. De ahí la persona vivirá en su presencia, en su servicio que constituye el sumo bien, al que todos los demás deben someterse. La persona verdaderamente dichosa es aquella cuya riqueza total radica en una fe viva en el Dios vivo.

La bienaventuranza evangélica es la fe en la paternidad divina que la produce en nosotros, pero una fe que se apodera de toda nuestra vida. Reconociendo en Dios este amor generoso creador y salvador, que le es propio, descubrimos que la verdadera felicidad está en la vida filial, que consiste en vivir en ese mismo amor con el que somos amados.

La felicidad que espera la persona, desde la perspectiva paulina, consistirá en conocer a Dios como hemos sido conocidos por Él (1Cor 13, 12).

La alegría franciscana surge de la cruz propia pensando en la del Señor. La verdadera alegría brota del verdadero amor. La cruz junto al dolor más grande es también la expresión más elocuente y sublime del amor. El alma franciscana percibe la universalidad de la salvación de Cristo, en el acontecimiento mediante el fracaso de su vida, Jesús llega a su Padre y nuestro Padre, y nos posibilita entender que en nuestra historia, labrada de sufrimientos e injusticias, es Dios quien tiene la última palabra.

Una de las características de la teología moral franciscana para la vida fraternal es la alegría: «Y guárdense de mostrarse tristes exteriormente o hipócritamente ceñudos; muéstranse, más bien, gozosos en el Señor⁶¹ y alegres y debidamente agradables»⁶².

Tiene que liberarse el alma de los falsos goces y falsos bienes que la cautivan, para poder así despertar la confianza en la bondad y el auxilio divinos: así es como el hombre anda por el camino de Cristo. Es el camino hacia la alegría y el camino de la alegría, pero camino que va siempre marcado por la cruz de Cristo, pues es la vía de la paciencia en los sufrimientos⁶³.

16. SACA DE TODO BUEN EJEMPLO⁶⁴

San Buenaventura señala que la tarea de un cristiano es conformar los deseos a la voluntad divina. Que todo ayude a la edificación personal y que nada le escandalice. No turbarse, dice el

59 «De fuga accidia et tristitia» *ibid.* 495 n 15.

60 «a te ipso summo studio depellens, interius exteriusque serenus semper et tranquillus existas. Nulli ullo modo contradicas vel resistas in aliquo, sed potius omni modo per omnia omnibus acquiescas, dummodo divinae laudi vel salutis animae non obsistat» 495 n 15.

61 Cf. Fil 4,4.

62 S. Francisco, *1 Regla* 7, 16; cf. Fragmentos de Hugo Diugne de la otra Regla no bulada, II, 15; Fragmentos -Celano de la otra Regla no bulada III, 2.

63 «¿No era conveniente que Cristo padeciese todas estas cosas y entrase así en su gloria?», Lc 24, 26; 1 Pedro 4,1; cf Sap 3, 4).

64 «Quod de omnibus habeas bonum exemplum» 495 n 16.

santo, «plus debito» por los defectos de los demás, porque si queriendo apartar a otro del mal, no te precipites tú en lo más profundo. Genuinamente franciscano es cubrir con la caridad la falta del prójimo y abandonarse en las manos del Padre Dios⁶⁵. La evangelización con el ejemplo es una tarea para la teología franciscana casi un *lugar teológico*. El Evangelio no es primordialmente una doctrina, sino la historia de Dios con el hombre, una existencia nueva, palabra y vida indisolublemente. La vocación franciscana predica con las obras, con el buen ejemplo. El mundo tiene necesidad de ver la Palabra hecha carne, la verdad de Dios expresada en la relación interpersonal, el Evangelio realizado históricamente. Las comunidades cristianas deben ser con su vida de seguimiento el signo vivo del Señor Resucitado. Los que viven son los que se dan. Esta actitud fundamental expresa un convencimiento profundo en el amor a Dios y al prójimo. En contra de una existencia que se repliega sobre sí misma y pretende protegerse de ese modo, una vida generosa se percibe espontáneamente como una vida realizada y rica de sentido.

Sabemos que Jesús entregó su vida por amor. Jesús entra en connivencia con nuestra generosidad incipiente que tiene sus ambigüedades y grandes insuficiencias. Nos agrada que sea así, pues lleva hasta las últimas consecuencias el deseo de amar. Para verificar la calidad de nuestra comunión existencial entre Jesús y nosotros, que no se aprecia justamente más que desde dentro, hay que bien amar, pensar bien, bien sentir y bien decir.

17. GUARDA TU CORAZÓN⁶⁶

Jesús habla del corazón de la persona, como el centro de la vida moral. En el corazón reside la sede de la nueva vida. Porque del corazón proviene todo lo que es bueno: las buenas obras, las palabras, el perdón, la misericordia, la justicia⁶⁷. De nada sirve observar la ley con toda minuciosidad, si luego el corazón es ciego y malo⁶⁸. De todo el corazón debe arrancar el amor a Dios al que va inseparablemente unido el amor al prójimo. Y si el amor unifica la multiplicidad de preceptos en un deber grande y fundamental, al mismo tiempo le confiere una aspiración sin límites, teniendo como punto de referencia el amor mismo de Dios⁶⁹.

18. CARIDAD AL PRÓJIMO⁷⁰

La gran exigencia de Jesús: «amarás al prójimo como a ti mismo»⁷¹ demuestra que el amor es una actitud y un acto verdaderos⁷². La moral franciscana preferentemente se construye sobre

65 «Omnia te aedificaeri neque te aedificet aliquid in hoc mundo puritatis et innocentiae gratia divino tibi munere elargitae. Nec aliorum plus debito defectibus perturbatus, iniquitati addendo iniquitatem, alienis sordibus polluaris, ne, dum cupis alios de pelago liberare, deterius ipse corruas in profundum. Potius igitur omnia, quibus nos sine detrimento prodesse, operiens caritate benigna, illi summae sapientiae derelinquas, quae novit bona de malis elicere quibuscumque; sicque in bonis omnibus pariter atque malis spiritualem. Domino concedente, reperire profectum» *ibid.* 495 n 16.

66 De custodia cordis, *ibid.* 495 n 17.

67 Cf. Lc 6, 45; Mt 12, 34.

68 Cf. Mt 9, 4; 15, 18-20; Mc 7, 18-23; Lc 16, 15.

69 Cf. Mt 22, 34; Lc 11, 42;

70 *De caritate ad próximos* o.c. p. 495 n 18.

71 Lc. 10, 17.

72 «Tuve hambre y me disteis de comer. Tuve sed y me disteis de beber. Era extranjero y me acogisteis. Estaba desnudo y me vestisteis. Estaba enfermo y me visitasteis. Estaba preso y vinisteis a verme», (Mt 25,35) según Jesús, este será el fondo sobre el que se juzgará de la vida a las personas.

el amor, objetivo del primer mandamiento⁷³. Ella se siente heredera de los ardores amorosos de Francisco de Asís, y por ello trata de imprimir un carácter afectivo a todo su pensamiento. De este modo, el pensamiento franciscano, a diferencia de los que se aplican a la especulación para alcanzar el amor, cultiva y promueve como principio de acción el amor mismo, para así posibilitar la especulación⁷⁴.

El lema moral de san Buenaventura en su vida, podemos expresarlo sintéticamente así: amando a todos los hombres del mundo en la caridad de Cristo, hazte igualmente amable a todos «principalmente a los enfermos y necesitados»⁷⁵. El doctor seráfico fiel al espíritu de la regla franciscana anota la actitud maternal en el trato con el prójimo como uno de los rasgos morales⁷⁶.

La caridad, siendo forma, norma de todas las virtudes confiere a la religión y a la moral una unidad tan perfecta, que no se puede desear mayor, pues gracias a la caridad toda acción del creyente, como hijo de Dios, reviste un carácter religioso. Amando a Dios y amando en Dios nos hacemos correalizadores del acto mismo con que Dios se ama a sí mismo y ama cuanto hizo, preferentemente al ser humano. Las personas amamos a Dios por sí mismo, porque es absolutamente merecedor de nuestro amor; a los seres creados los amamos por ser centellas del amor de Dios. Si tenemos la caridad en el corazón, amaremos a los seres creados por Dios, Creador Supremo. Por la divina caridad se reduce a uno sólo el objeto formal y el hábito virtuoso con que amamos a Dios, al prójimo y a nosotros mismos; y como consecuencia será esa misma virtud la que inspirará nuestro comportamiento moral con los otros y con nosotros mismos, por diferente que sea el objeto material, tan diferente como son Dios y los seres creados⁷⁷.

El verdadero amor al otro es mucho más que un sentimiento espontáneo o que el apego a los que nos aman; se extiende hasta los enemigos. Lo que lo posibilita es la firme convicción de que Dios nos ama incondicionalmente. Porque quien se sabe amado, comprendido y perdonado, está transformado. Desde esta experiencia puede desarrollar una mirada nueva sobre los demás, embarcados con uno mismo en la arriesgada aventura de la vida.

Nuestros prójimos, son todos los santos del cielo, los ángeles, las almas benditas del purgatorio y cuantos viven en la tierra. El prójimo es todo aquel que en las actuales circunstancias necesita mi amor y mi ayuda⁷⁸.

73 Observamos que Buenaventura en sus *Colaciones de los diez mandamientos* (BAC V, 520-605; V 507ab-532ab) expone la construcción de la ética sobre los mandamientos y que éstos se encuentran dinamizados por el primero. Así opone la moral de Cristo a la de los filósofos.

74 Véase, *La caridad: raíz-forma – fin de todas las virtudes* en F. Martínez Fresneda - J. L. Parada Navas, *Introducción a la teología y moral franciscanas*, Murcia, Ed. Espigas, 2004 2ª, pp. 192-96.

75 «ita omnes diligas intimae caritatis affectu omniumque, et máxime infirmorum et quorumcumque indigentium curam geras» 495 n. 18.

76 En la *II Regla 6,8* escribe Francisco de Asís: «Sicut mater unicum amat filium suum, ite ego te diligebam». San Buenaventura precisa: «ámalos como una madre buena ama y cuida a su hijo único, objeto de su predilección». O.c. p. 495 n. 18.

77 Cf. B. Häring, *La Ley de Cristo*, I, Barcelona, Herder, pp. 669-70.

78 Cf. *Parábola del Samaritano*, Lc 10, 25-37

19. ORACIÓN Y TRABAJO⁷⁹

Cristo es el modelo y el maestro de oración. Los discípulos, impresionados por la profundidad de su oración, le suplicaron: «Señor, enséñanos a orar»⁸⁰. La oración muestra a la persona en la actitud del más radical respeto, humilde reconocimiento, de su nada ante la infinita santidad de Dios. La oración eleva a la persona sobre todo lo creado y la sitúa directamente ante el rostro de Dios. Orar es dialogar a Dios. La teología, la lectio divina, la escucha de la Palabra, la contemplación de la naturaleza se convierten en oración cuando, por medio de las verdades allí contenidas, Dios mismo se presencializa y nos acercamos a El. El medio apropiado para el estudio de la teología, la lectura espiritual, y la palabra de Dios es la oración. Según San Agustín: «Tu oración es una conversación con Dios. Cuando lees, te habla Dios; cuando oras hablas tú a Dios»⁸¹.

Los momentos fundamentales de la oración son: primero, la fe en un Dios personal y dialogante; fe en su proximidad de benevolencia y finalmente el trato vivo y amistoso entre Dios y el ser humano que trata con Dios.

Por la oración se expresan las tres virtudes: «Ora por la fe, la esperanza y la caridad». La oración vive de las virtudes teologales y éstas viven en la oración⁸². Fe sin oración sería una fe filosófica; esperanza sin plegaria estaría sin fuerza; caridad sin rezo sería una caridad sin expresión. La oración tiene una connotación comunitaria. En la oración comunitaria, de unos por otros se manifiesta ante Dios la comunión de fe, y de este modo se robustece.

La oración expresa las virtudes morales. En la oración de arrepentimiento, la persona se sitúa ante Dios y se vuelve hacia los valores morales; en la oración de súplica se esfuerza por alcanzar un amor valiente a la amorosa voluntad de Dios, y la fuerza para cumplirla amorosamente. Quien ora y al mismo tiempo está dispuesto a quebrantar los mandamientos de Dios, simula volverse hacia Dios, cuando en realidad sólo le dirige palabras vacías porque su «rostro» está lejos de Dios. La oración para un cristiano debería ser la llave del día y el cerrojo del fin de la jornada.

El doctor seráfico nos indica que todos los trabajos, las tareas espirituales y corporales, tienen que ser oración, y así todos los servicios que realices, singularmente con los más sencillos, los prestarás con el mismo amor como si lo hicieses con Cristo⁸³.

Dios estableció al ser humano como servidor y dueño, pues debe servir a Dios, dominando la creación. Al ejercer este poder por el trabajo, demuestra la persona que es imagen de Dios⁸⁴.

79 *De orationibus cum operibus sanctis*, 495 n. 19.

80 Lc. 11, 1.

81 San Agustín *Enarr. In Ps.* 85, en PL 37, 1086.

82 San Agustín, *Ench sive de fide, spe et charitate*, lib I cap. VII, PL 40, 234.

83 «Quod omne opus tuum atque exercitium tam mentis quam corporis sit oratio, omniaque servitia, et maxime humiliora, cum tanto facias caritatis fervore, ac si ea Christo corporaliter exhiberes» o.c. 501.

84 «Dijo entonces Dios: hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra, para que domine sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo y sobre los ganados...Entonces los bendijo Dios y les dijo: Llenad la tierra y sometéosla...» (Gen 1, 26,28).

20. SOBRE LA VIRTUD DE LA OBEDIENCIA⁸⁵

En la obediencia a Dios, junto con el amor, y precisamente como prueba suya está la esencia de la moralidad. Este tipo de obediencia sólo es posible cuando nos situamos dentro del orden establecido por Dios en los seres creados. Normalmente, Dios no imparte sus mandatos por sí mismo, sino a través del orden establecido en la naturaleza y en la gracia. El modelo teológico moral franciscano contempla dos momentos: el primero se refiere a la jerarquía eclesiástica, un paradigma sacral. El Papa, los obispos y clérigos son los «señores», dignos de obediencia y reverencia sin apelación, como si se tratase del Señor Jesús⁸⁶. La otra concepción de la obediencia se aplica a la fraternidad. Se trata de una obediencia de fe, renunciar a la propia voluntad por Dios. El ministro es un hermano que ha recibido la responsabilidad particular entre otros. El lenguaje por el que se expresan las relaciones interpersonales es claramente fraterno. Se aproxima a la tradición neotestamentaria donde se valoran las relaciones de caridad y corresponsabilidad. La obediencia franciscana es de hermanos que aman y sirven a los demás hasta subordinar todo proyecto propio a la caridad y al bien de los demás. Las sumisiones a los ministros y a los hermanos no dependen de una razón externa a la obediencia misma sino de la vocación esencial a seguir la obediencia kenótica de Jesús. Obedecemos porque un día el Señor nos llamó a un proyecto de vida en la que la desapropiación es la dinámica determinante. La obediencia es el modo práctico de alcanzar a ser menores en la fraternidad, a ser siervos de todos. San Buenaventura nos dice que «en las cosas buenas e indiferentes, procura siempre seguir la voluntad de los demás, sin hacerte pesado a nadie y amando a todos en Cristo, mostrándote igualmente agradable a todos»⁸⁷.

La moral franciscana de la obediencia es claramente ascética. Pero ascética en sentido evangélico, con ello expresamos su dimensión teológica y cristocéntrica, ya que la renuncia a los propios afectos⁸⁸ no es un medio para alcanzar la perfección de la virtud, sino el sacrificio espiritual de amor por el que nos identificamos con Jesús obediente hasta la muerte. Así, este talante obediencial presupone una madurez humana y espiritual trabajada en el yunque del Evangelio y la gracia. Todos juntos vivimos la misma obediencia al Evangelio.

21. OCULTA TUS CONSUELOS Y TUS PENAS⁸⁹

El recuerdo bonaventuriano de mantener ocultas virtudes o gracias espirituales que la divina misericordia se digne derramar en cada persona al igual que las tribulaciones que puedan sobrevenirle. Sólo permite el desahogo espiritual con el confesor o el amigo expe-

85 *De obedientia sancta* o.c. p. 495 n. 20.

86 «Ut honoren et reverentiam omnibus exhibeas tam debitam quam devotam, sanctissimae obedientiae normam non solum in magnis et dubiis, verum etiam in minimis quasi pupillam oculi studeas semper servare illaenam, obediens quidem non solum maioribus et praelatis, verum etiam minoribus omnibus, te subiiciens quibuscumque, abnegando te ipsum pro Christo» 495. La motivación que guía esta actitud es claramente sacramental, porque sus personas representan y administran el cuerpo y sangre del Señor (Cf. S. Fco. de Asis, Ad. 26; Test 6-9; CtaO 14-29; 1R 19; 2R 1).

87 In bonis et indifferentibus semper a lterius studeas facere voluntatem, in nullo praebens te alicui onerosum, sed potius in caritate Christi diligens universos, te ipsum omnibus communiter gratum reddens» 495 n. 20.

88 «affabilitates, amicitias et familiaritates fugias singulares; summopere caveas, ne umquam verbo, facto vel gestu alicuius rancoris, odii, clamoris, iniuriae, turbationis, murmurationis, detractionis, scandali, vel adulationis et quorumque similium aliqua ratione vel modo, per te vel per alium, causa vel oassio fias» 495 n. 20.

89 *Quod consolationes et tribulationes occulte teneas* o.c. p. 495 n. 21.

rimentado por motivos espirituales, y para recibir consejo y enseñanza⁹⁰. Nos apunta a esa virtud de la prudencia que san Agustín la define como el amor que sabe distinguir bien entre lo que le es ventajoso en su camino hacia Dios y lo que puede serle obstáculo»⁹¹ y que el doctor seráfico desarrolla en las «colaciones sobre el Hexaémeron»⁹². Esta actitud ha de considerarse como un don de Dios⁹³. Estas cualidades, fruto de la prudencia en la práctica deben estar en consonancia con las necesidades de esta vida. El Señor coloca a sus seguidores «en medio de lobos». Por ello deben ser «prudentes como serpientes» pero su comportamiento no ha de ser como la prudencia de los lobos del mundo, al que deben desenmascarar con la sencillez de la paloma⁹⁴. Esta actitud de serpiente y paloma no es cosa propia de la persona que se fía de la propia discreción, sino reflejo del que se deja conducir por el Espíritu de Dios⁹⁵. Fidelidad y prudencia son las cualidades exigidas al siervo establecido sobre la «familia del Señor»⁹⁶.

La prudencia bíblica, en un sentido amplio viene a coincidir con el concepto de sabiduría. La sabiduría es el don más sublime de Dios; ella da al hombre la luz y la fuerza que necesita para encontrar su salvación en el amor de Dios, y para considerarlo y amarlo únicamente a la luz del amor divino. Para ser prudente es necesario ser antes sabio. Esta virtud moral posibilita que el ser humano encuentre contento en Dios y sólo a Él se aficione. Así la persona que sigue este compromiso acepta las pobres condiciones de la vida y recibe gustoso la misión que Dios le confía, aunque enviada por los mensajes de la situación particular.

22. SIEMPRE EN PRESENCIA DE DIOS⁹⁷

La tarea moral consiste en desligarse de todo, sin deseos terrenos y centrarse en Dios⁹⁸. De ahí que nuestro deber más santo sea tributar a Dios el culto filial de la adoración y del amor. El diálogo entre la persona y Dios se realiza por medio de las virtudes teologales y sus actos. El hombre religioso, en su encuentro con Dios, percibe inmediatamente que Él le pide un comportamiento que fluya de este diálogo con El: eso es la moralidad. Como firma nuestro santo: Esto piénsalo con gran reverencia, temor y temblor; y con gran discreción y ardentísimo amor⁹⁹: pidiendo perdón de los pecados con un corazón contrito; contemplando

90 «Ut virtutes vel gratias spirituales quas in te vel per te divina misericordia operari dignatur, tribulationes quoque et proelia virtutisque propositum vel similia ab omnibus abscondere studeas, quantum potes; his tamen exceptis, quae proprio sacerdoti in propria debent accusatione detegi, nisi forte alicui tuo speciali ac probato amico ea spiritualis utilitatis gratia revelares, cuius consilium vel doctrinam in huiusmodi credas tibi posse valere» o.c. p. 495 n. 21.

91 San Agustín, *De moribus Ecclesiae catholicae*, I, cap XV, 21 en PL 32, 1322.

92 S.B. *Coll Hexám.* Coll. V, 16; V,

93 «El Señor da la sabiduría y de su boca derrama prudencia e inteligencia» (Prov. 2, 6).

94 Cf. Mt 10, 16ss.

95 Mt 10, 20.

96 Mt 24, 45 ss.

97 Quod Deus semper et ubique habes in memoria, 496 n. 22.

98 «ut solutus ab omnibus nihilque terreni desiderans, iam contemptis omnibus creaturis, tanto mentis conatu desideriique fervore circa tuum Creatorem intendas, ut quasi omnis inferiorum oblitus, quidquid agas, ubicumque steteris quibuscumque negotiis impliceris, die ac nocte, omni momento, et omni hora, Deum semper habes in memoria, credens et cogitans, te esse verissime coram eo, et ipsum cogitans undique te conspicer» 496 n. 22.

99 «Haec autem cogita cum magna reverentia ac timore pariter ac tremore, cum summa quoque discretionem et ardentissimo amore,» 496 n. 22.

y llorando la pasión de Cristo; meditando la vida de Cristo, para convertirla en norma de tu vida; repasando la cantidad de beneficios que recibimos de Dios, dándole gracias; alabándole por todas las criaturas; atraído por la patria del cielo; considerando la entrañable caridad de Cristo, derrítete de gozo y admiración hasta desfallecer tu corazón y tu espíritu en Dios; considera tu caída, tu huída, cuando él te levantaba, te atraía; tu continua ingratitud, a pesar de su infinita misericordia; fijando tu atención en los decretos de su justicia soberanamente ocultos, profundos, admirables, misteriosos y extremadamente maravillosos y por encima de todo, renueva constantemente, en tu espíritu y en tu cuerpo la viva memoria de su sacratísima pasión¹⁰⁰.

El criterio cristonómico manifestado nos impulsa a acercarnos a la realidad moral contemporánea desde Cristo, hecho carne, el cristiano debe encarnarse en el mundo; desde Cristo Crucificado el cristiano debe resistir al mundo, manteniendo un juicio crítico, poniendo en acción procesos biológico-biológicos, como el abandono y el vaciamiento; desmundanizarse enarbolando la representación no utópica, sino fundamentada en la promesa de Dios de una patria siempre vislumbrada, pero aún no poseída. Desde Cristo Resucitado, el cristiano debe ayudar al mundo a regenerarse, impugnando los absolutos terrenos, vivificando el mundo desde dentro mediante el testimonio de la presencia del Espíritu. La moral cristiana es una fuerza liberadora y purificadora. Si en los ciclos históricos de la humanidad se revela el Espíritu de Dios, inspirador de los valores morales, el cristianismo lleva a la perfección las bases del progreso moral¹⁰¹.

23. SOLÍCITO CUIDADO DE TI MISMO¹⁰²

Se es perfecto en la medida en que uno se uniforma y se une a Dios, en la medida en que se hace espíritu¹⁰³. La persona que se ha unido a Dios formando con él uno solo espíritu está capacitada para vivir la misma vida divina. Esta vida divina se llama caridad, «y quien permanece en la caridad permanece en Dios»¹⁰⁴.

El cuidado de sí mismo no se adquiere primariamente por la ascesis o el esfuerzo personal, sino que requiere participar de la vida pneumática presente en plenitud en Cristo¹⁰⁵.

El ser humano está llamado a experimentar el misterio Pascual de Cristo; debe guardarse en todo tiempo de los engaños del antiguo enemigo¹⁰⁶ para aprender a conocer y amar todas las cosas en Dios mediante el Espíritu.

100 o.c. p. 496 n. 22.

101 «La buena nueva de Cristo renueva constantemente la vida y la cultura del hombre caído, combate y elimina errores y males que provienen de la seducción permanente del pecado Purifica y eleva incesantemente la moral de los pueblos. Con las riquezas de lo alto fecunda como desde sus entrañas las cualidades espirituales y las tradiciones de cada pueblo, las consolida, perfecciona y restaura en Cristo» Gandium Ct Spes, 58.

102 De sollicita custodia sui ipsius, 496 n. 23.

103 Jn 4, 24.

104 Jn 4, 16.

105 «Porque en Él habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad y en Él estais llenos vosotros» Col. 2, 9ss).

106 «Ut super custodian tuam vigilans, omni tempore antiqui hostis fraudibus, qui, saepe se in angelum lucis transfigurans» o.c. p. 496 n. 23.

24. CONFIESA SINCERAMENTE LOS PECADOS¹⁰⁷

La declaración de la propia culpabilidad es un acto esencial de la verdadera conversión: «soy pecador, necesito de la misericordia de Dios»¹⁰⁸. La conversión incluye necesariamente la confesión de todos los pecados ante Dios; pero, la disposición de confesarse ante la Iglesia es una consecuencia de la sincera confesión ante Dios, pues la vuelta a Dios no se puede realizar sin el retorno humilde y contrito a la comunidad en la que Dios depositó la salvación. San Buenaventura nos dice que para llevar una vida conforme al Evangelio aconseja el examen de conciencia, siete veces al día antes o inmediatamente después de cada hora del oficio divino, para evaluar si hemos procedido dignamente ante Dios¹⁰⁹. Además de sumergirnos en el baño del sacramento de la Penitencia, para confesar nuestras culpas con dolor de contrición¹¹⁰.

¿Qué debo confesar y cómo? Este mínimo, proporcionado a las fuerzas de los más débiles, obliga a todos. El discípulo de Jesucristo siente que el Maestro le llama personalmente a hacer algo más. Para él la totalidad de la ley es la gracia de Dios, poco a poco quiere conducirlo adelante, por el camino de la penitencia y de una contrición y purificación cada más profundas, por la vía de una confesión siempre más humilde y completa.

Cuando el cristiano tiene la firme voluntad de progresar en la conversión descubrirá los últimos motivos perversos que lo determinaron y hasta las imperfecciones de sus buenas obras.

La prontitud a la confesión, que es producto de la gracia y no simple obediencia a la ley, se manifestará sobre todo en la «confesión de devoción» y en la confesión general.

En la confesión, dice el Doctor Seráfico, debes manifestar al sacerdote, como si fuera el mismo Dios, todos los pecados de un modo íntegro y veraz, y con toda claridad en las palabras sin ocultaciones de ninguna clase¹¹¹.

¿Cómo hacer la confesión?¹¹² Según san Buenaventura ordenadamente, en primer lugar se manifiesta las omisiones en el servicio divino, sobretodo en la vida de oración, ya sea oral o mental; en segundo lugar, los faltas contra la justicia para con el prójimo; y finalmente, las faltas que has cometido por no haber guardado debidamente tus sentidos, tus afectos y tus pensamientos.

107 *De pura confessione peccatorum*, ibid. 496, n. 24.

108 Es necesaria la confesión para la recepción del bautismo, abstracción hecha del bautismo de los niños. Ya del bautismo del Precursor leemos que quienes se sometían a él «confesaban sus pecados», Mt 3, 6. El bautismo cristiano se recibe para alcanzar la «remisión de los pecados», Act 2, 38; cf Lc 24, 47; es manifiesto que su libre y voluntaria recepción equivale a reconocer que se siente la necesidad del perdón de los pecados. La Iglesia no exige para el bautismo una confesión detallada, puesto que su misión no es de juzgar los pecados cometidos por los que no son aún miembros suyos, Denzinger n. 895.

109 «Ad quod quidem diligentius et purius observandum quotidiana discussione septies in die examines vitam tuam, semper videlicet ante vel inmediate postquam horam canonicam» 496 n. 24.

110 «Et quia nemo est, quid sic disciplinam et iustitiam, servet, ut nihil penitus negligat vel omittat; ideo necessarium est, ut ad poenitentiae lavacrum recurrens, cum dolore et gemitu saepissime tuae accusationi insistans.» O.c. p 497 n. 24.

111 In qua quidem accusatione sive confessione integre, veraciter et pure, sine omni velamine excusationis vel occultationis seu palliationis», 497, n. 24.

112 «per ordinem omnes tuos retexendo defectus sacerdoti proprio tamquam Deo debes intimare, narrando prius omissiones, quas in his quae sunt ad Deum fecisti, et maxime in oratione quantum ad duplicem eius partem, mentalem scilicet et vocalem; deinde defectus in observatione iustitiae quoad proximum; post haec comissiones, quas egisti ex mala custodia sesuum et sensibus adiacentium affectionum et cogitationum» 497 n. 24.

Lo que da valor a los actos exteriores de penitencia es el hecho de que expresen y cultiven la conversión y el arrepentimiento de corazón. La contrición supone estar dispuesto a una reparación, porque es esencialmente el reconocimiento de que hemos quebrantado los derechos santos de Dios. La contrición, por incluir un dolor libremente sufrido es ya un principio de satisfacción¹¹³. La voluntad de penitencia que contiene la contrición se manifiesta en la tarea de ver y suprimir las causas y ocasiones de las faltas, en la disposición a confesar su culpabilidad ante Dios y ante la Iglesia, y luego en la resignada aceptación de las pruebas que Dios permite y de la satisfacción que la Iglesia manda.

La acción curativa de la penitencia, además de infundir un santo temor ante la infinita pureza y santidad de Dios, se manifiesta fundamentalmente desencadenando un ataque contra las fuerzas del mal que han producido el pecado.

Al finalizar este memorial el Doctor Seráfico nos deja cinco puntos para reflexionar sobre ellos, por lo menos una vez al día: primero, la brevedad de la vida; segundo, el camino es resbaladizo; tercero, nuestra muerte es incierta; cuarto, qué grande es el premio para los buenos y qué terrible el castigo para los malos; quinto, no sirvas a Dios sin temor y no te goces sin temblor¹¹⁴.

25. COMO DEBEMOS SER ANTE NOSOTROS, AUNQUE SEAMOS PERFECTOS¹¹⁵

La propuesta moral religiosa que realiza san Buenaventura en este memorial se resume en: conserva una fe muy fuerte; un corazón lleno de amor y una esperanza puesta en el Padre de las misericordias¹¹⁶.

Ser cristiano es ser creyente en Jesús de Nazaret. Las virtudes teologales nos ponen en íntima relación con Cristo, nuestro maestro redentor y modelo. Ellas nos posibilitan internamente a seguirlo. Cuando la persona se decide libre y responsablemente de una vez a vivir bajo el impulso de las virtudes teologales, desde ahí se eclipsa la vida simplemente moral y se establece la vida religioso-moral, caracterizada por el «sí» de aceptación ante Dios de las responsabilidades morales, asumidos por la fuerza de la caridad. Vivir según las virtudes teologales es seguir realmente a Cristo, escucharlo, esperar en El, ofrecerle un amor obediente.

La fe es el fundamento, los cimientos del edificio, según nuestro Santo,¹¹⁷ de la comunión de vida y amor con Dios. La fe se fundamenta en la gratuita revelación de Dios, sobre la libre manifestación de Dios al hombre. La manifestación de Dios se visibiliza en Cristo. La fe es un

113 «Hanc autem confessionem semper debet contritio et satisfactio comitari, ut doleas videlicet de offensis, non solum de magnis, sed etiam de modicis, et dolendo caveas iterare culpam, semper studens causas et ocasiones peccati praecipere, quantumcumque per amorem videantur tibi coniunctae» p. 497.

114 «Ut autem ad divinorum praeceptorum eiusque disciplinae caelestis observantiam in supra dictis et in ceteris aliis sollicitus intendas ac ferventius accendaris, studeas ista quinque semel ad minus inter diem et noctem affectuose et morose omni tempore sincera mente tractare, quam scilicet, sit brevis vita nostra, quam lubrica via, quam mors incerta, quae praemia iustis, quae supplicia parantur iniustis, ut non sit servitium sine timore nec gaudium sine tremore» 497 n. 24.

115 «Quales esse debeamus in nostra reputatio, quam vis perfecti» 497 n. 25.

116 «semper tamen robustissimam fidem tenens, repletus caritate divina, fiducia magna sperans, ab ipso misericordissimo Patre misericordiae tibi viscera aperire» 497 n. 25.

117 firmisima ieceris fidei fundamenta» 497 n. 25.

acto moral de la libertad, realizado bajo el impulso del amor. Presupone una actitud moral y esta misma un acto moral, aunque previamente sea una decisión religiosa. La fe presupone un alma sensible y sencilla al amor, pues la revelación procede del amor de Dios y tiende a provocar el amor de la persona. El mayor obstáculo a la fe es la soberbia¹¹⁸ pues para abrirse a Dios es indispensable la entrega y la humildad.

La caridad, son los muros, nos hace discípulos de Cristo¹¹⁹. El que cree, pero no ama no puede ser discípulo de Cristo, porque la belleza de la fe sólo puede barruntarse con los ojos del amor. La caridad, para el Doctor Seráfico, consiste en la acción, y no solo en el afecto¹²⁰.

La infusión de la caridad capacita a la persona para un amor de la misma especie, que posibilita que amemos con el mismo amor de Dios¹²¹.

La caridad abraza a todas las virtudes, las eleva y las dirige, porque la caridad es «el vínculo de la perfección»¹²². La caridad es el primero y principal mandamiento, la forma y madre de todas las virtudes¹²³.

San Buenaventura se refiere a la esperanza como el techo que cubre el edificio¹²⁴. Cristo es nuestra única esperanza¹²⁵, y sin El, en nada podríamos esperar». Para el «homo viator» la esperanza estimula su comportamiento. La esperanza aparece como el camino hacia el amor, y por otra parte, el amor es el camino para llegar a una esperanza siempre más fuerte y perfecta¹²⁶.

La esperanza teológica¹²⁷ se coloca en el primer peldaño del seguimiento de Cristo, y debe continuar en todas las fases del camino personal. Ser discípulo nos indica el «status» de peregrino, de caminante. El camino de la esperanza sigue también el camino de los preceptos, cuya quinta esencia es el precepto del amor¹²⁸.

El camino de la esperanza es Cristo. La esperanza cristiana arranca de la experiencia sabedora de que el ser humano sólo encuentra el sentido de su vida en el encuentro con Dios. Así la salvación del hombre, en la que espera el pleno y definitivo cumplimiento de todos sus anhelos, no consiste únicamente en un entrar en sí mismo ni en una negación del yo en una estado anónimo de felicidad sino en la relación plena y personal con Dios. La persona sólo puede desarrollar y realizar su yo en el encuentro con Jesucristo.

118 Cf Mt 11, 25 ss.

119 «Sic mediante caritate Christo incorporamur et in bono consummamur» *De regno Dei* n. 39; Cf 1 Timoteo 1, 5: «El fin de este mandato es la caridad que procede de un corazón limpio, de una conciencia recta y de una fe sincera».

120 «quid operandum quantum ad caritatem, quae consistit in operatione, non solum in affectione, Ioannis decimo quarto: Si quis diligit sermonem meum servabit» *Colaciones in Hexaémeron* col II, 12.

121 «Amaos como yo os he amado» Jn 15, 12.

122 Col 3, 12ss.

123 «ac fervidae caritatis, decoratos omnium virtutum picturis» 497 n. 25.

124 «tectumque desideratae spei beatissimae posueris gloriosum» 497 n. 25.

125 1 Tim 1,1

126 «Gustad y ved cuán suave es el Señor», Salmo 33,9.

127 «La esperanza no quedará confundida, pues el amor de Dios se ha derramado en nuestros corazones, por virtud del Espíritu Santo que se nos ha dado», Rom 5, 5; cf Ef. 1, 13ss.

128 «Si quieres entrar en la vida eterna observa los mandamientos», Mt 19, 17 Cf. De decem praeceptis.

CONCLUSIÓN

La primera tarea consiste en negarse a sí mismo para poder seguir las huellas de Jesucristo. En segundo lugar, sin un continuo trabajo personal no lograrás alcanzar su gracia. Tercero, si no llamas con perseverancia a su puerta, no podrás entrar en la paz del alma. Y si no te mantienes fuerte en el temor Dios, rápidamente se derrumbará el edificio espiritual¹²⁹.

Cristo es el centro, la norma, el modelo y la finalidad de la moral franciscana. Cristo en persona es a quien seguimos, porque Cristo Jesús se convierte en el único Señor y Redentor. Por El y en El tenemos la vida. Dios nos lo dio todo en Cristo; en Cristo Jesús nos reveló el hondón de su amor. En ese amor de Jesucristo y por ese amor nos pide un amor mutuo, en definitiva, una vida religiosa cristiana: una vida cristiforme, cristocéntrica. Esta vida se nos presenta como un «seguimiento» de Cristo, pero no una copia exterior, sino una vida en Cristo Jesús. El carácter dinámico de la moralidad del «homo viator» aspira siempre y en todo momento a perfeccionarse, a encontrarse con Dios. La moral franciscana proclama la verdad eterna, difunde el amor divino a toda la creación, realiza la radiografía de su tiempo con la luz de la eternidad, en definitiva es un servicio al Reino de Dios.

«Y las comento porque sé que participas casi siempre con este modo de pensar y porque sé que mucho te gozas en estas mis cosas espirituales, a pesar de su simplicidad. Por eso te ruego, carísimo en Cristo, que tu recibas todas estas cosas con el mismo amor y cariño que yo te las envío»¹³⁰.

129 «Hoc verumtamen adhuc indubitanter, carissime frater, quod nisi perfecte abnegaveris temetipsum, sequi non poteris vestigia Salvatoris et sine sollicitudine continua et labore eius gratiam adipisci nequibis, et nisi assidue pulsaveris portas eius, ingredi non poteris ad pacem mentis, et, nisi te instanter in timore Dei tenueris, cito domus tua corruet in profundum» 497 conclusio.

130 «maxime cum te concordem quasi omnibus votis meis in huiusmodi simplicioribus plurimum delectari cognoscam. Quapropter, carissime in Christo, haec ea, rogo, caritate suscipias, qua illa tibi me scio devotionis afecctione misisse», 498 conclusio.